

E. MIRET MAGDA LENA

ACABA de morir repentinamente en Roma una de las figuras más prominentes del catolicismo español: don José María Escrivá y Albás, después conocido por el nombre de monseñor José María Escrivá de Balaguer y Albás, y más tarde con el título de marqués de Peralta (pronto traspasado a su hermano).

Aragónés recio y tenaz —nació en Barbastro hace setenta y tres años—, ha fundado un movimiento espiritual —el Opus Dei—, impulsado por una organización minoritaria con el mismo nombre, que agrupa a los miembros más comprometidos y adictos a las orientaciones y fines de esta obra.

En 1915 —por avatares familiares desgraciados— se trasladó su padre a Logroño, donde estuvo empleado en un comercio de la ciudad, siendo persona muy apreciada por su honradez y seriedad. Poco después, don José María pasó a Zaragoza a estudiar en el seminario de San Carlos, simultaneando su preparación sacerdotal con el estudio de Leyes en la Universidad civil. Esto, sin duda, le llevó a ser un estudiante demasiado ocupado y aparentemente no brillante, como recoge de labios de su profesor de dogma, que después fue párroco en Zaragoza. En el seminario observó una conducta disciplinada y —por ello— fue nombrado para el cargo de "celador".

Recibe el subdiaconado en 1924 —año de la muerte de su padre—, y es ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925. Sus primeros trabajos apostólicos se centran en dos pequeños pueblos de la provincia de Zaragoza. Esta labor dura sólo un año: en 1926, decide marchar a Madrid, llevando consigo a su familia: madre, hermana y hermano.

Sus primeras actividades en la capital se centran en la enseñanza privada —es preceptor de los hijos de un aristócrata—, y actúa en suburbios y hospitales. Pero su norte son los universitarios: allí cree él que está su misión. Y por eso en 1928 funda el Opus Dei con las características básicas que luego tendrá oficialmente.

Desde el primer momento encuentra en Madrid la protección del obispo monseñor Eijo y Garay, un hombre elegido para este puesto por el Rey Alfonso XIII por sus orientaciones liberales entonces (más tarde olvidadas tras la guerra civil). Sin duda, el porte aristocrático de don José María, sus afanes universitarios, su verbo, cuidado y expresivo, influyen en un prelado con vocación literaria y un poco displicente con la rusticidad de buena parte del clero de la capital.

La protección al Opus Dei por parte del obispo, después patriarca de las Indias Occidentales, continúa después de nuestra guerra siendo una excepción entre bastantes obispos españoles que recelan de este movimiento espiritual.

En 1934 —durante la Segunda República— publica su primera obra, Consideraciones espirituales, hoy completamente agotada. Es el libro de cabecera para el pequeño, pero activo grupo de universitarios que se agrupan en torno a Escrivá, que tiene una residencia de estudiantes en la calle Ferraz. Reina en ella un tono familiar afectivo, al que colabora la familia de don José María. Yo conocí entonces a algunos de sus seguidores que le admiraban y a los que algunos maliciosos empezaban a llamar "masonería blanca", por esos lazos de cohesión que les caracterizaban y que les hacían muy eficaces.

Estuvo en zona republicana durante la guerra civil, pero después de diversos avatares pasó a zona nacional y continuó su labor apostólica en San Sebastián, Pamplona y Burgos. Ciudad esta última en donde redactó una ampliación de su anterior colección de consejos espirituales, que llamó Camino —tiene novecientas noventa y nueve máximas concisas y tajantes—, editado en Valencia en 1939, al poco de terminar la guerra. Libro que se ha publicado en veintinueve idiomas y ha tenido ciento doce ediciones con más de dos millones de ejemplares.

Es entonces un viajero infatigable por todos los caminos de España, llevando adelante su acción personal: los métodos de comunicación de masas le son desconocidos, o más bien, despreciados como vía de penetración apostólica. Sigue el consejo de los primeros cristianos de ir "casa por casa".

LA MUERTE DE DON JOSÉ MARÍA

En Madrid crea primero la residencia de estudiantes de la calle Jenner, y más tarde el Colegio Mayor de la Moncloa. Se le considera el promotor de una nueva interpretación en la Iglesia de las antiguas órdenes e institutos religiosos: los Institutos Seculares, que son la versión de unos nuevos regulares en el mundo. Pero religiosos al estilo flexible y moderno del siglo XX, que son más seculares que religiosos a la vieja usanza. Por eso en 1946 dos buenos canonistas del Opus —el ingeniero de Caminos Alvaro del Portillo y Salvador Canals— van a Roma para conseguir la aprobación de la Obra. En el verano, el "padre" se traslada a la Ciudad Eterna también y se instalan en un pequeño piso, en el barrio romano de Citta Leonina. En vista de la documentación aportada, que llama la atención de la Santa Sede, se prepara no sólo la aprobación del Opus Dei, sino de una Constitución Apostólica más general: la Provida Mater Ecclesia, que recoge los nuevos anhelos renovadores de este tipo de seglares.

Antes había tenido el Opus dos reconocimientos modestos: uno como Pia Unión diocesana en Madrid (año 1941), y el otro, poco después, por la Santa Sede. El 2 de febrero de 1947 se promulga la Provida Mater Ecclesia, y veintidós días después se hace público el decretum laudis de la rama sacerdotal del Opus, constituida en Instituto Secular de Derecho Pontificio, obteniendo en 1950 la aprobación definitiva.

Pero hay algo que no convence a don José María: el tono demastado de orden religiosa que la Santa Sede quiere dar a este tipo de obras. De ahí que el conjunto de la Obra —donde están incluidos todos los seculares— no quiera ser un Instituto Secular en sentido estricto, y prefiere llamarse asociación de fieles. Así se desigan de la vinculación que se les quiere hacer a la Congregación Pontificia de Religiosos. En 1964, Julián Herranz —un sacerdote y canonista de la Obra— dice que el Opus

ha de ser considerado como "una asociación de fieles". Y empiezan las polémicas acerca de su estructura, aunque el Opus no suele contestar directamente a ellas.

En un balance imparcial de cualidades y cosas discutibles, hemos de conocer esto que algunos le discuten al Opus: que la espiritualidad que se desprende de sus Constituciones parece demasiado anacrónica para nuestros tiempos de renovación posconciliar; el hacer tabú de ciertas actitudes acerca del control de natalidad, que muchos católicos ven más amplio que ellos; el freno que parece notarse en sus revistas a una abierta renovación doctrinal; el achaque de paternalismo gubernativo en la Obra y la excesiva influencia carismática que ha tenido don José María, una influencia grande de muchos de sus socios en el mundo de las finanzas, y, por último, la confusión que de hecho se produce en la mente de muchos entre las opciones políticas de algunos socios y la actitud teóricamente neutralista de la Obra.

Desde un punto de vista objetivo hay que distinguir también entre la personalidad del fundador y las ideas específicas que han presidido de hecho muchas veces la índole real de los hombres de la Obra y de ciertas actividades de conjunto. En lo primero es indudable que nos encontramos ante una fuerte personalidad psicológica, que ha sabido aglutinar gente de ochenta países con setenta mil socios activos, que aunque centrados principalmente en España se hallan difundidos por todas partes. El estilo directo, personal y tajante de don José María confirma esta personalidad sugestiva, que nunca rehúye contestaciones significativas y concisas las pocas veces que se presentaba en público o ante los periodistas. Siguió el consejo de su compatriota Gracián sobre la brevedad de nuestras expresiones. Es, como dice Carandell en su biografía de Escrivá, un líder de grupo.

La fuerza de su emotividad personal y su efecto sugestivo fue grande entre sus seguidores, como lo muestra la impronta que todavía ha dejado en algunos de los que se salieron del Opus Dei en forma creciente en estos últimos años. Este calor familiar, que supo manejar cuidadosamente, es el lazo sociológico que ha permitido desarrollar esta gran "pequeña familia" sin rupturas graves dentro de ella. Esta es quizá la clave, como observa Carandell, de su éxito humano y la razón de la cohesión sociológica y psicológica de la Obra.

Otra cosa es el talante de sus ideas fundacionales. A muchos no les gustan, y desde el campo católico otros —como el teólogo conservador Urs von Balthasar— se muestran muy contrarios a ellas. Sin embargo, sus adeptos siguen impertérritos el camino marcado por el fundador, aunque quizá alguno piense que ciertos aspectos actuales no coinciden con los primitivos.

El gran interrogante es: ¿qué pasará dentro del Opus en el próximo porvenir? ¿Qué impacto negativo producirá la muerte de la personalísima figura aglutinadora de don José María? Se puede pensar que perdurará sin grandes variaciones al principio, pero el futuro resulta difícil de predecir y no se puede prever si la ausencia de la figura clave del Opus hará que el rumbo dentro de unos años sufra algún cambio importante. Sobre todo parece difícil mantener una postura demasiado estrecha dentro de la renovación doctrinal y espiritual de la Iglesia actual, como piensan algunos. ■